

Georgina Fernández  
inicia colección erótica

En alas  
del deseo

sortilegios, filtros de amor,  
recetas y amuletos, con la  
novela ABEJARREINA

# sábado

suplemento de unomásuno / director general: luis gutiérrez r.  
director: huberto batis / sábado / 16 de diciembre de 1995 / 950



## ELLA (FRAGMENTO)

### Francisco Prieto

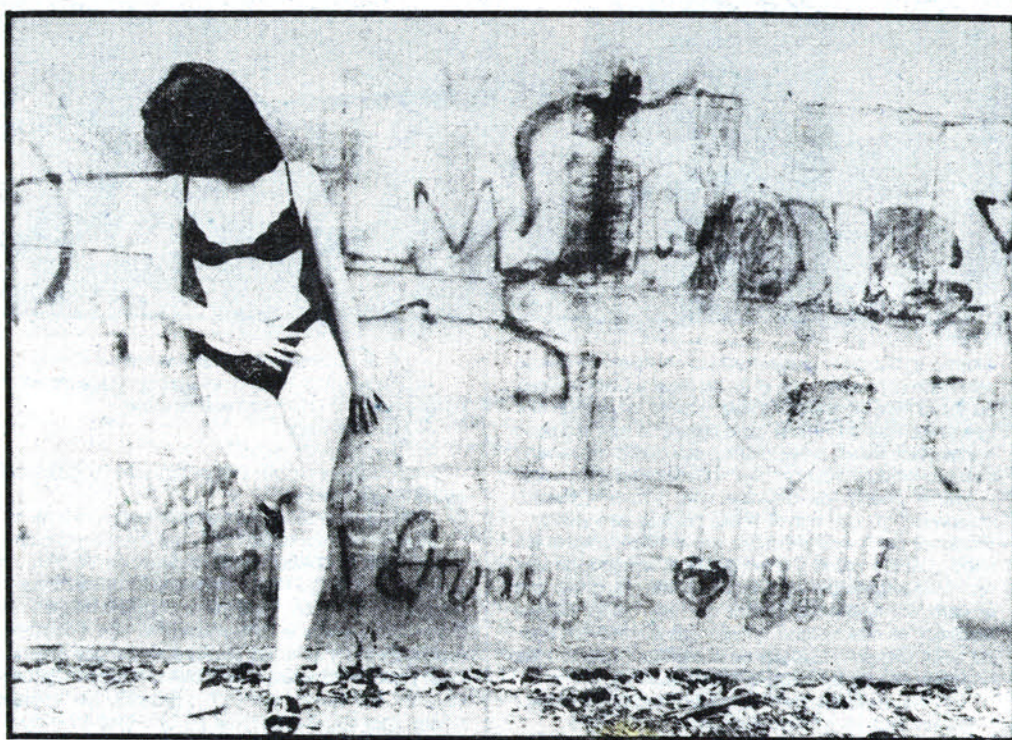
S alí a la calle. El viento soplaba con fuerza. El viento del norte que tenía la virtud de estimular sus sentidos, de imprimir en él las ganas de vivir. Y pensó en Constanza. Sintió el impulso de buscar su auto y partir sin dilación. Aún no daban las seis de la tarde; si salía inmediatamente estaría en Querétaro antes de las ocho y media. Algo, sin embargo, lo detenía. Recordó que el viejo lo esperaba en el bar del Lincoln, pero reconoció que no era el anciano quien lo retenía. Cayó en la cuenta de que si no se ponía en marcha ya, sería más conveniente aplazar el viaje hasta las nueve de la noche, cuando no hubiera tránsito pesado. Quería gozar de la libertad de correr el automóvil sin obstáculos; alebrestado el espíritu por el viento cortante y purificador; excitado como estaba con la presencia interior de Constanza, por la belleza de la joven, no podía hacer nada mejor que partir a su encuentro. Se encaminó hacia el estacionamiento y, súbitamente, desvió sus pasos hacia el Lincoln.

Rumbo al restorán, se consoló pensando que esos impulsos súbitos eran los que, desde hacía algunos años, lo sostenían en vida; concretamente desde que murió Gloria, su mujer. Ahora iba a cumplir un deber fastidioso y pensó que el impulso no podía obedecer sino a una inercia y, también, al temor de enfrentar a Constanza. ¿Por qué se había acostado con ella si desde que Gloria muriera, iba ya para los diez años, no había tenido, casi, relaciones con ninguna mujer? Y en esas se hallaba, cuando se dio cuenta de que estaba frente al Lincoln.

Dudó antes de entrar, pero qué, ya estaba ahí, si no despachaba al viejo de una vez tendría que enfrentarlo de nueva cuenta. Esos tipos eran así, insistentes, había que ponerles el alto de una buena vez y más valía atenderlos. Era uno de esos que con una buena explicación se les podía despachar. Y no hizo más que franquear la puerta, cuando la voz gutural del anciano lo llamó por su nombre.

Ahora está ahí frente al extraño sujeto que bebe una crema de menta y que ha degustado una docena de ostiones.

—¿Cómo se llama usted?  
—Le di mi tarjeta.  
—La dejé en mi mesa. Recuerdo que es usted...  
—Da igual. Me llamo Joel Quincoces. ¿No desea tomar algo?  
—Gracias, mejor no. Tengo prisa, ¿sabe? Además, en un momento me voy a Querétaro.  
—Bueno, pues meriende usted algo y tómese una copa de vino.  
—¿No me ha oído usted? ¿No le ha quedado claro que no tengo tiempo para oírlo?  
—Entonces, no hubiera venido usted. No, no se crea que le quitaré mucho tiempo. ¡Muchacho! Otros ostiones para el señor y un vaso de blanco.  
—Se nota que está acostumbrado a mandar.  
—Se nota que es usted un buen observador.  
Se dio cuenta de que no saldría para Querétaro hasta después de las nueve de la noche. El tal Quincoces no era



## Fotografías de Claudia Shapiro

un novelista frustrado, ni siquiera un charlatán. Si hasta entonces se había dado cuenta es porque estaba cansado; porque ya nada le importaba, porque aun Constanza...

—¿Qué le parece?  
—¿Perdón? Disculpe, estaba distraído.  
—No tiene importancia. Le hacía unas observaciones sobre los tipos que nos rodean. Podría usted fácilmente armar con ellos una novela.  
—No pienso escribir una nueva novela. ¿No se lo dije ya?  
—Si se entretiene usted haciéndolas y entretienen a los demás, no veo la razón...  
—Si buscara entretener a la gente, escribiría para la televisión o para el cine.  
—Pues si pretendía otra cosa... Usted ha asimilado a Kafka y hace cosas muy divertidas que, en el fondo, Alonso, sólo a usted no le hacen gracia. He sido injusto con usted, lo sé.  
—No lo entiendo.  
—Haga un esfuerzo, Alonso.

La mirada penetrante y seca del anciano lo obligó a reconocer la tristeza sin fondo que le había dejado la recepción de sus novelas.

—Ya sé qué me quiere decir. Mis tres libros no son más que variaciones chistosas sobre *El Extranjero* de Camus en un tono de comedia de Miguel Mihura. ¿No es eso? Han tenido un éxito inmerecido. Debería darme pena, pero ya ve... Yo pensaba que al eliminar lo trágico de la tragicomedia de Kafka...

—Usted pensaba que en el fondo de los hombres se conservaba la raíz de la trascendencia y se encontró que a todos les pareció muy reconfortante reconocerse en su mierda.

—De cualquier manera, no tenía nada que añadir a Kafka. El fracaso va por partida doble.

—Y ahora yo estoy seguro que he hecho bien en buscarlo a usted. He sido un hombre de empresas, de muchas empresas, ¿sabe? Me gusta que es usted realista.

El mesero apareció con las ostras y el vino. El

anciano pidió un café y un coñac. Alonso Cortina comenzó a comer los ostiones con fruición.

—A pesar de todo, a usted le gusta vivir.

—¿Sabe en qué pensaba? Es una tontería, pero... Mi mujer murió hace cerca de diez años y hoy me volveré a encontrar con una mujer que... bueno, dicen que estas cosas que, por demás, me encantan son afrodisiacas. La verdad es que nunca he tenido problemas de que no se me pare, pero... ¿Por qué le cuento a usted, yo que nunca le cuento de mí a nadie?

—Usted ama la vida, eso es todo. Eso se nota, ¿sabe? Es decir, lo notamos personas como yo. Somos una cofradía, Alonso.

¿Por qué había confiado su intimidad al anciano? Desde la muerte de Gloria no se había comprometido con nadie ni con nada. La tercera vez que se acostó con Maru se dijo ¿por qué?, ¿para qué?, y sufrió porque no le caía mal cuando cortó por lo sano. Muchas veces habría de preguntarse el porqué de aquella ruptura hasta que un día se dio cuenta, de una buena vez, que esa mujer acabaría por aburrirle, vamos, que a veces se le mostraba como ridícula y pueril y que si eso no fuera cierto, en todo caso no podía hacer su historia con ella. Se dio cuenta ese día que en nuestros tiempos la mayoría de los hombres tiene el corazón simple en el peor de los sentidos, vamos, que no tienen historia.

—Somos una cofradía, Alonso. Nuestra desgracia es que no sabemos qué es el miedo; ¡si alguna vez en nuestra vida hubiéramos dado un paso atrás!

Más valía comer. Darle cuerda al viejo —se percató— podría tenerlo ahí hasta que cerrasen el local. Quincoces había tocado una cuerda muy fina y, por otra parte, se sintió halagado de que lo conociese tan bien. Estaba seguro, sin embargo, que no podría revelar nada de sí mismo.

—Me ha venido usted a ver a causa de mis novelas.

—Y de sus artículos. Por razones obvias leo las páginas económicas de los diarios. Me divierte toparme con tanta autosuficiencia y estupidez. Eso me relaja y me hace entrar en calor. Pero cuando empezó usted a escribir... Bueno, me congratiaaba con su carencia de candidez, con lo poco en serio que tomaba todo, la precisión en el análisis y una sabiduría de fondo que... ¡Coma, coma! Ya veo que está vacunado contra los elogios. Pues sí, lo he venido a ver porque usted me puede entender como yo quiero ser entendido... Usted es un monstruo, Alonso Cortina, y yo, a mi manera, lo soy también. ¿Sabía usted que monstruoso, originalmente, significaba prodigioso?

—No. Pero bueno, me decía usted que cometió un crimen hace 50 años. Quiere usted expiarlo. Se entiende que fue un crimen perfecto y, naturalmente, ¡quién va a hacer caso a un hombre de su edad! Olvídelo, amigo Quincoces. No pienso escribir otra novela y no estoy dispuesto a hacer el ridículo con la crónica de su asesinato que sólo serviría, además, como tema de sobremesa para insensatos satisfechos.

—¡Yo no soy un imbécil, Cortina!

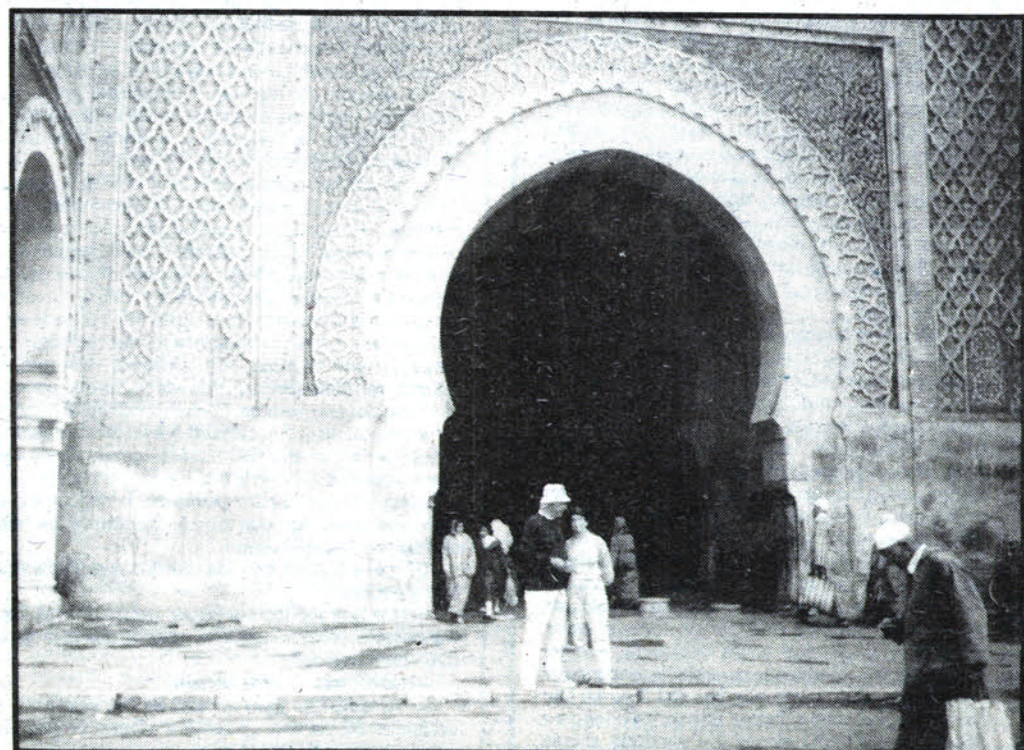
## DIARIO DE MARRUECOS/I

### Juan Carvajal

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso  
El Corán

T ANGER, 13 DE OCTUBRE, 1993. Nos instalamos en el hotel El Minzah y pedimos la habitación que había ocupado Genet cuando vivió ahí. Tuvo dos y nosotros también escogemos la segunda, hacia un jardín con altas palmeras y los más asombrosos y casi humillantes cantos de pájaros que jamás escucháramos. Mientras vemos el mar desde el balcón, nos llega por primera vez en ese mundo el impresionante llamado a la oración del *muechín*. Lorenza y yo experimentamos por igual una intimidante sensación. Se abre para nosotros, a partir de ese trémolo que pregona a la vez que cosas impenetrables y nuestra condición de *infieles*, un misterio marroquí que no se cerrará nunca y que una hora después intensificará Paul Bowles, con quien estuvimos hasta muy tarde. Las playas ya desde el avión son deslumbrantes, una gran franja de arena entre sepia y dorada, una zona de agua verde esmeralda y enseguida el azul mediterráneo. Pero la ciudad es lóbrega (aunque uno puede llegar a amar a las ciudades por razones peores que esa), sucia, la más sucia de las ciudades del Maghreb y la única cuya decrepitud pareciera conducirla a la aniquilación. No me sorprendería si en unos cuantos años más se extinguiera. Pero el espejismo de su descomposición dura ya una eternidad. Como todo espejismo, por lo demás.

14 DE OCTUBRE. Sin embargo nosotros amaremos siempre esta ciudad sórdida, donde la exquisita cortesía árabe alcanzó sus cumbres. Ayer estuvimos hasta las diez de la noche en casa de Bowles. Después



Meknés, puerta superior

cenamos una digamos que espléndida comida árabe-marroquí en el restaurante de El Minzah, Le Korsan, magnífica por el servicio, inigualable, y por la admirable decoración esmaltada del lugar; pero no hay buena cocina árabe en Marruecos, no en los lugares públicos en todo caso, se la guardan para puertas adentro, como otro más de sus incontables secretos. Las dos carnes que nos sirvieron, pollo y carnero, agotan la composición de los grandes platos, sin mencionar el *cous-cous*, que a veces da sorpresas. Pero la profunda variedad y calidad de sus especias la vuelven inagotable, un platillo puede tener mil variedades de sabor, según los condimentos. Igual que el maravilloso té, que es base altísima de su civilización. Uno puede beber el inagotable té de menta mil y una veces sin repetir el sabor, que difiere según la preparación, la hora, los recipientes en que se elabora y, pienso, según las prácticamente infinitas maneras de ofrecerlo, todas exquisitas, todas diferentes: el té de La Mammounia, el más lujoso hotel de África, no es mejor que el que preparan sobre leña en latas de alcohol en el Ha-Fa, el desvencijado, deslumbrante e inolvidable Café colgado sobre el Mediterráneo que Bowles nos recomendó con entusiasmo repetidas veces.

El *muechín* no sólo pauta la vida de estas ciudades, las penetra y *domina* a un grado que no conocen las campanas de Occidente. Porque es ya oración, verbo en el aire sobre el mundo. Desde el primer instante que se escucha se sabe que esa es *otra* muy distinta civilización. Otra moral, diferentes estéticas y eróticas, un muy lejano tiempo. Otro Dios. Esta gente adora a deidades distintas de las occidentales, ni griegas ni cristianas; y nunca las va a adorar ni nunca deberá

⇒ 3

de la primera

El hombre dio un golpe en la mesa y un tenedor fue a dar al piso.  
—Escúcheme, Cortina, estará usted de acuerdo conmigo en que todos nos tenemos que morir. ¡Contésteme! ¿Concuerda o no con ello?  
—Estas ostras han estado maravillosas. Deje que beba el vino.  
—¿Sí o no, Cortina?  
—Si alguna vez me vuelve a invitar, consúlteme antes sobre el vino. Este es una mierda.  
—¡Mesero!

Fue un grito desafiador y el mozo se presentó de inmediato. Joel Quincoces dijo, en realidad ordenó a Cortina, que pidiera el vino que se le antojara. El hombre, si no intimidado, resintió la energía del anciano y acabó pidiendo una botella de Cardenal Mendoza. Pedir coñac y no vino le pareció, seguramente, un modo de conservar su dignidad.

—Se porta usted como un niño. Debe reconocer que me ha tomado en serio. Amiguito, seamos serios. Yo lo invité a usted a que pidiera una botella de vino, así que la de coñac la paga usted.

El periodista fijó ahora al anciano con la mirada. Se levantó sin decir palabra y se dirigió hacia la puerta. Ya iba a salir a la calle, cuando la mano de Quincoces lo retuvo. El anciano lo atrajo hacia sí al tiempo que, con la otra mano, desenfundaba una pistola.

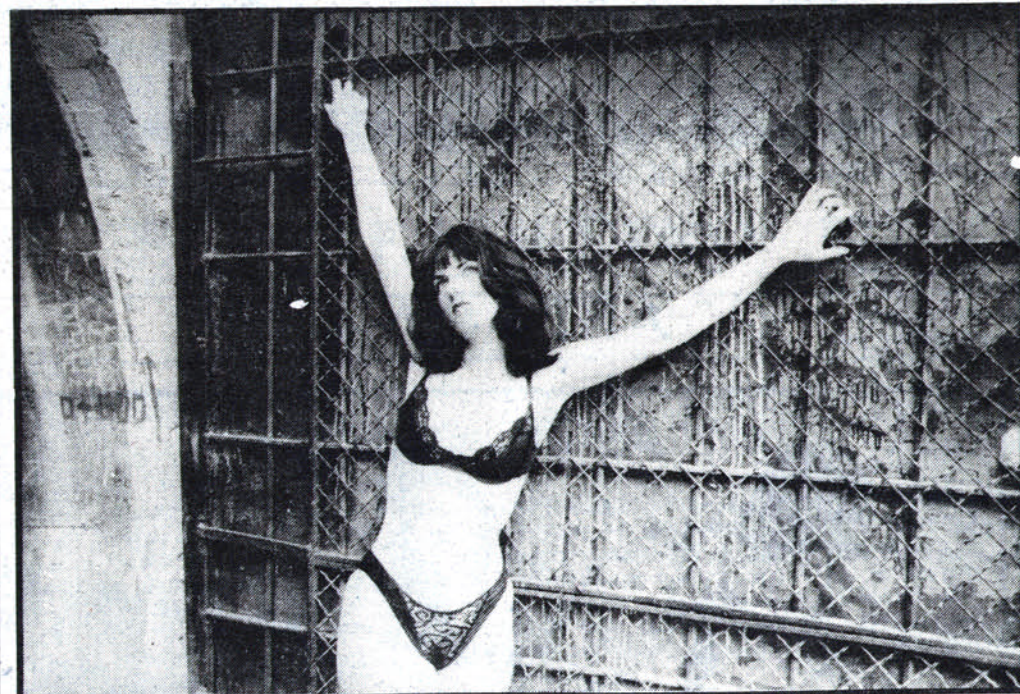
—Usted gana —le dijo.  
Sentados de nuevo a la mesa, Alonso Cortina y Joel Quincoces están en silencio. Ambos hombres tienen los ojos fijos sobre el mantel. El mesero ha llegado con la botella de coñac y las copas. Quincoces le ordena que sirva. El mesero obedece con prontitud. "Con qué naturalidad —piensa Cortina— manda ese hombre."

—Hace más de 40 años que la maté.  
—¿A quién?  
—A ella.  
—Ah. Oiga, yo no soy periodista de nota roja. ¡Salud!

—En un principio fui al juez sabiendo que no me haría caso. Llegué al Ministerio Público, pregunté a una recepcionista a quién tenía que ver para confesar un crimen. Me miró, incrédula, pero estaba bien formada por la burocracia y me llevó con uno que resultó ser un juez. Era obvio que se entendía con ella. Le dije al tipo, con toda intención, que había matado a una mujer, casi 50 años. "Yo no estoy para perder el tiempo", me dijo. "Pues yo sí", le respondí. Le pregunté si no le decía nada el 14 de agosto de 1944 y me respondió que sí; ese día había nacido. Le dije que buscara los periódicos del día 15. Ahí se narra la historia del asesinato de una mujer, Marthe Baylac, por un escritor que quizá aún viva, Gabriel Sanz. "¿De su edad?", me preguntó. Le dije que sí y él, otra vez, "mire, yo no estoy para perder el tiempo". Yo le llevaba conmigo una fotocopia de la nota del periódico y ya se la iba a mostrar cuando vi una expresión burlesca en el tipo. Su cara de rata me hizo darme cuenta que perdía, miserablemente, el tiempo, vamos, que un fulano así sólo podría interesarse en el dinero que pudiera sacarme, en otras palabras, que mi caso careciera de interés para él. Además, no se trataba, cómo alguien como yo pudo darse cuenta hasta entonces, de que me metieran en la cárcel sino de otra cosa, no sé cómo explicarlo... Claro que podían acabar encerrándome, pero yo había pensado...

—¿Quiere explicarse de una buena vez?  
—Dicen que los viejos nos volvemos como niños, y quizás ha sido eso lo que me ha pasado. Mire usted,

# ELLA\*



Alonso, yo busqué al magistrado con el deseo de que se retomase el proceso con el fin de dejar a Gabriel Sanz su honra intacta, si todavía vive, y, claro, dejarle de una buena vez toda mi fortuna, pero la cara del juez me puso frente a la realidad. A ése lo único que podría interesarle es la posibilidad de que se me condenase para él medrar y con el cuento de dejarme libre sacarme dinero. Imagínese, yo que nunca había pecado de ingenuo... Entonces me acordé de usted, me llamé pendejo quién sabe cuántas veces y le pregunté al abogado si una causa dictaminada podría reabrirse; me respondió que sí pero era necesario probar que las cosas habían sucedido de otra manera. Añadió que cuando ha pasado tanto tiempo las cosas se complican, que lo más probable es que los testigos estén muertos, en fin...

—¿Tiene modo de probar que el criminal fue usted?  
—No. Fue un crimen perfecto.  
—Tendría poco que hacer el magistrado.  
—Eso ya lo sé, pero me llevaría un buen tiempo quitármelo de encima. Yo había pensado en hacer una declaración de autoinculpación como base para legarle mi fortuna al cornudo de Gabriel Sanz.  
—Oiga, Quincoces, un hombre como usted sabe perfectamente bien que si lo que busca es dejar una herencia a alguien no tiene que inculparse de nada.  
—Hombre, Cortina, pero lo que yo quería es que se localizase a Gabriel Sanz. Retomar un proceso es algo que obliga a proceder en ese sentido. Pero bueno, tomemos otra copa de este coñac magnífico que ha tenido usted la gentileza de convidar. ¡Salud!

—¿Qué quiere de mí, Quincoces?  
—Que haga usted la investigación y que me acompañe a reencontrarme con ese hombre.  
—¿Gabriel Sanz?  
—Claro, ¿quién si no?  
—Me sorprende que una persona tan segura como usted tenga miedo.  
—Tengo miedo, sí, por vez primera en toda mi vida. Alonso Cortina bebió con prisa la copa y la rellenó. Aquello había obedecido al impulso de persona a Joel Quincoces que se había equivocado de persona y a marcharse sin más. Pero como el objeto de partir era tomar la carretera para encontrarse con Constanza, reparó en ello y se sintió paralizado, así que rellenó la copa y comenzó a paladear al coñac mientras fijaba su vista en los ojos, ¿verdes?, ¿grises?, del anciano. Ahora, Joel Quincoces tiene los ojos fijos en el mantel y Alonso, que no cesa de observarlo, degusta el licor. De pronto, Quincoces levanta, lenta, muy lentamente, la cabeza hasta mirar, directamente a los ojos, a Cortina.

—Ayúdeme, por favor. ¿Le creará si le digo que es primera vez en mi vida que pido a alguien que me ayude? Cortina miró a los ojos a Quincoces en busca de una expresividad que le abriese a la identidad íntima del tipo. Aun en el momento de pedir ayuda, el anciano era impenetrable. Quizás —pensó— estaba, de veras, enfrente de un asesino. Observó que la quedaba aún un ostión y lo comió despaciosamente, como si no quisiera enfrente otra vez la mirada de Quincoces.  
—¿No desea ninguna otra cosa?  
—Está bien, sí.  
—Estos se pulen con los calamares fritos al mojo de ajo. ¡Joven!

Indudablemente era un hombre que había mandado toda su vida. El mesero no tardó en aparecer y Quincoces pidió el platillo para los dos al tiempo que rellenaba su copa de coñac.  
—¿Y en qué lo puedo ayudar?  
—¿Por qué se empeña en no entender? Ya le he dicho que quiero que encuentre a Gabriel Sanz; que me diga qué hace, a qué se dedica, cómo ha pasado la vida. Vamos, estoy poniendo en sus manos la posibilidad de una novela. Mire, Alonso, esta novela, que explica toda mi vida, la iremos construyendo juntos. Serán, de hecho, dos novelas que acabarán componiendo, si usted la escribe, una sola.

—No tengo necesidad de escribir otra novela y hasta me apena haber publicado.  
Levantó los ojos del mantel para encontrar la mirada de Quincoces y vio que dirigía su atención a otra parte y que dos lágrimas recorrían sus mejillas. ¿Qué había provocado la emoción del anciano? El hombre fijaba la vista en una mujer hermosísima que estaba plantada a la puerta del restorán y buscaba, seguramente, a alguien con quien se habría citado. Quincoces no quitaba la mirada de la mujer ni aun cuando entró un hombre que la tomó por los hombros y la besó en el cuello; no lo hizo sino hasta que ambos se perdieron en la otra sección del restorán. Conmovido, preguntó a Quincoces algo que, presentía, sería contestado con un no rotundo; le preguntó si conocía a la mujer. Quincoces, en efecto, respondió "no".

—Es una hermosa mujer. Con frecuencia, Alonso, visito la Universidad Iberoamericana y me siento en la cafetería. ¿Y sabe qué he adivinado? Pasar una hora o dos contemplando a las muchachas. A veces llegan varias de ellas, o dos o tres parejas y me preguntan si pueden sentarse a mi mesa. Siempre les digo que sí. Como me toman como un maestro que ingiere un refrigerio entre clase y clase, un viejo maestro, además, me tratan con respeto y, por mi edad, con confianza. Siempre voy armado con algún libro, uno de los pocos que conozco bien, una novela que amo, *El eterno marido*; lo hago por si me preguntan qué enseño, lo que ha pasado algunas veces. Sería muy aburrido andar cargando un volumen que tuviera que ver con la fabricación de puentes, ¿no le parece? O con la administración de negocios... En tanto que si les digo que enseño literatura y les hablo de esa novela que le dije...

El mesero llegó con los platillos que Quincoces había pedido.  
—No se preocupe por pagar el coñac —Miró otra vez hacia la sección donde se encontraba la mujer—. ¡Qué hermosa es!  
—No alcanzo a verla de aquí.  
—Yo tampoco, pero el caso es que está ahí y es bellísima. Se parece, ¿sabe?, a Marthe Baylac, ésa que yo maté hace tantos años.  
Alonso Cortina debió de haberse preguntado si estaba, en verdad, cenando con un asesino. Hombres

naturales y simuladores como Joel Quincoces han de ser los que hacen los crímenes perfectos.  
—¿Y a ésa se la echaría también?  
—¿Por quién me toma, Cortina? No se moleste en contestar, poco a poco me irá conociendo. Pues como le contaba, me encanta sentarme en el café de la Universidad a contemplar a las muchachas. Lo hago muy de vez en cuando, no vaya usted a creer... El asunto es que poco después de que cumplí los 60 años me di cuenta de que ya no era atractivo para las de 30 y yo he sido un hombre de voluntad, ¿sabe usted? No, no, a la Universidad iba a soñar. Hoy en día las mujeres que me atraen me provocan un estado delicioso de ensoñación, Alonso, como me lo ha producido esa hermosa mujer que entró hace apenas un rato y que está sentada tan cerca de nosotros. Luego me voy a casa, tengo un salón de música donde me recojo y nunca me falta una buena provisión de opio; en ese salón están mis discos y mis pipas, los pocos libros que conservo, en fin... los retratos de ella.

—¿De Marthe?  
—No. De ella, mi mujer. Pero coma, coma usted. El tiempo pasa y puede que se le haga tarde. ¿Le sirvo vino o coñac?  
—Vino.  
—Sí, mejor. Llévase la botella y disfrútela con...  
—Constanza.  
—Eso es. Yo, al igual que usted, cuando murió ella... ¿Sabe que lo mandé a investigar, Alonso? Aparte de que ya sabía muchas cosas de usted por un amigo suyo, Benito Eguía.  
—Un hijo de la chingada, por cierto. ¿Y qué le contó de mí?

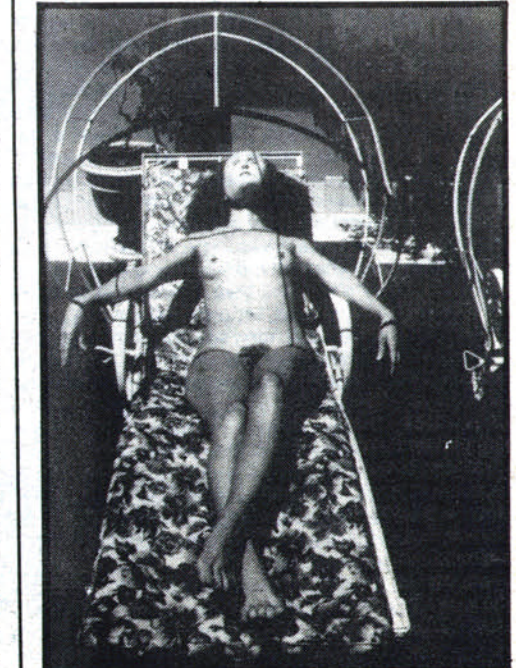
El hombre hizo una pausa llevándose una cantidad generosa de calamares a la boca, luego bebió vino y siguió comiendo. Intrigado, Cortina hizo otro tanto. El hombre comía, lo miraba, sonreía. Cortina optó por terminar tranquilamente la cena mientras se preguntaba qué podía haberle contado de él Benito Eguía, un compañero de estudios al que, ocasionalmente, encontraba en alguna reunión de amigos comunes, especialmente de esos que se dedicaron a la política. Una vez terminados los calamares, Quincoces pidió café para los dos sin consultar; le contó, mientras esperaban el café, que Benito Eguía había sido el amigo más cercano a su hijo, él había tenido un hijo, Ovidio, que había muerto en un accidente.  
—Un año después, ella...  
—¿Marthe?  
—No, mi mujer, Lina...  
—Lina... ¿Qué le pasó?  
—Un año después, ella moriría de un cáncer.  
—O sea, se quedó usted solo.  
—Alonso, ¿me ayudará usted a resolver mi deuda con Gabriel Sanz?

Cortina esperaba que el anciano le contara de su mujer. Algo intuía que a través de esa relación podría establecer un vínculo con el viejo.  
—No sé qué significaron para usted la Baylac ni su esposa.  
Apareció el mesero con los cafés. Los dos hombres hicieron silencio mientras los azucaraban y Quincoces rellenó de coñac las copas.

—Tengo confianza en que esta misión creará un vínculo entre usted y yo. Si las cosas se van dando como pienso, tendremos tiempo para hablar y, créame, Cortina, que estoy seguro que esto que le propongo será, a la larga, más provechoso para usted que para mí. ¿No se decide, verdad? Mire, Alonso, yo sé por Benito Eguía que usted amó profundamente a Gloria, su mujer; por eso, más que por sus novelas y sus artículos me interesa usted. Además, es un trabajo profesional el que le estoy pidiendo y se lo pagaré bien, tanto que le suplico, si lo acepta usted, que pida una licencia en el diario. Quiero que localice a Gabriel Sanz, que me cuente de él, que él no sepa de mí hasta que yo le diga lo contrario. Mi intención es reparar el daño que le hice. Si se decide, tiene mi tarjeta, hábleme por teléfono, Gabriel Sanz no ha muerto, ¿sabe usted? Pero como debe tener mi edad... En fin, esto es para ayer. ¡Salud!

El anciano dejó una propina generosa y dio las espaldas a Alonso Cortina, que lo vio marchar hacia la calle. Esperó a que abandonara el restorán para recuperarse de las impresiones recibidas y poner un poco de orden en cuanto le dijera el hombre. Terminado el café y mientras paladeaba el coñac, un cierto gusto empezó a apoderarse de él. Había vivido diez años en una especie de limbo cuando apareció Constanza en su vida y poco, muy poco después, aquel extraño sujeto que portaba una historia fascinante. De pronto, reconoció que estaba entusiasmado, pensó en Constanza y se supo cubierto por el deseo. Miró el reloj; iban a dar las nueve de la noche. Era el momento de partir.

\*Esta novela ha podido realizarse gracias al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.



Máquina de sueños

## CUENTOS PARA ANTES DE HACER EL AMOR/ I

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Después de escribir y publicar *Cuentos para después de hacer el amor*, obra que de alguna manera marcó mi aparición real en el mercado de los libros en México y en la atención de algunos lectores, a mi mujer se le ocurrió que el título era absurdo. ¿Por qué cuentos para después, y no para antes? Supe que tenía razón y me prometí enmendar el error escribiendo otro que llevara el título *Cuentos para antes de hacer el amor*. Pensando prospectivamente y en serie, como he dado en pensar en los últimos tiempos (recordar mi *Libro de la vida*, en siete tomos que han sido reducidos a cuatro, de los cuales sólo está publicado el primero —*Las noches de Ventura*—; el segundo, *La insaciabilidad*, anda por ahí a punto de ser muy bien editado) me di cuenta de que la serie de libros de cuentos estaría incompleta si no publicara un tercero que llevara el nombre de *Cuentos en lugar de hacer el amor*. Pues bien (suena discursivo este pues bien), pues bien, insisto, decidí publicar el segundo libro de cuentos bajo el título de *Cuentos para antes de hacer el amor*. (Ya se encuentra en librerías publicado en la Editorial Selector, Colección Extassy—horror, el canal de la peor pornografía que sintonizan en el Hotel La Fuente, mi guarida económica cuando llego al DF, lleva el mismo nombre.)

Vayamos por partes. Cuando salió al mercado *Cuentos para ANTES de hacer el amor* hubo un gran alboroto, armado en gran parte por el editor, Marco Antonio Jiménez Higuera, quien sin duda alguna me sacó del anonimato para entrar luego él al anonimato. Me explico: publicó tres libros míos y luego desapareció. Lleva varios años sin pagarme derechos de autor, y cambiando de local cada vez que se halla en una situación sin salida, y cuando tengo la fortuna de encontrarlo en la calle me promete el cielo. El caso es que Marco Antonio no sólo entró en el anonimato para mí, sino para otros 30 escritores y para otras personas a quienes les debe lo que ni él mismo imagina.

Pero eso sucede hoy. En el pasado (hablo de 1983) Jiménez amenazaba con ser un magnate de los libros. Había sido, al lado de Fernando Valdés, hoy editor de Plaza y Valdés, el vendedor estrella de Seix Barral, en los tiempos en que la literatura era una mina de oro.

Valdés y Jiménez se independizaron, formaron

su propia sociedad editorial y pronto hubo una ruptura. No estoy seguro de cómo fue la cosa: el caso es que Jiménez Higuera se quedó con la editorial Leega y comenzó a editar mexicanos y uno que otro extranjero (Severino Salazar, Ricardo Elizondo, Roberto Vallarino, Paco Ignacio Taibo I y II, Arturo Azuela, Raúl Hernández Viveros, Luis Arturo Ramos, Gerardo Comejo, Daniel Sada, Jesús Gardea, entre los mexicanos; Luis Méndez Asensio, Rolo Díez, Eduardo García Aguilera, Ret Marut, Hernán Lavín Cerda, Nazim Himet, entre los extranjeros).

Pues Jiménez lanzó *Cuentos para DESPUES de hacer el amor* y lo hizo en grande. Recuerdo que pagaba la plana trasera completa de *sábado*, que me llevaba a grandes restaurantes y me paseaba por el país, en una caravana en la que no faltaba nada. Tenía acceso a Televisa y a la mayor parte de las planas culturales de los diarios. Llegó a sacar seis ediciones de ese libro. Hasta me pagaba derechos de autor. Luego vino la crisis y comenzó a hacer negocios locos. Su planta de trabajadores se redujo, hasta quedar reducida a un fax, una contadora, una secretaria, un vendedor y cobrador: Jiménez mismo. Pronto el libro apareció en la lista de los libros de cuentos más vendidos en México en 1983. Naturalmente Jiménez era amigo del que hacía las listas.

El libro tuvo buena y abundante crítica, aunque no faltaron los que censuraron el hecho de que se usara el nombre de García Márquez como gancho. Hoy, que sale *Cuentos para ANTES de hacer el amor*, el editor de Extassy utiliza el mismo gancho. Tal vez le funcione. Tal vez no. García Márquez, quien leyó el primer libro, comentó, un poco en broma, que yo le había robado ese título. Un escritor colombiano, Fernando Soto Aparicio, me plagió casi todo el título: publicó un libro que se llama *Cuentos para hacer el amor*. John Brushwood escribió que había intentado practicar el título del libro sin fortuna. Otros hicieron juegos de palabras con el título: *Cuentos en lugar de hacer el amor*. Ruffinelli anunció que había nacido un escritor grande, pero que tenía que controlar la tendencia al barroquismo. De varios cuentos del libro se han hecho adaptaciones teatrales, transcripciones para literatura oral y traducciones. Es, sin duda, el más conocido de mis libros.